

Una visión de la Universidad no puede limitarse al presente, sino debe proyectarse hacia el futuro y buscar antecedentes en el pretérito. Hace miles de años, Heráclito afirmó que la única realidad es el constante cambio. Si intentamos fijar un perfil de la Universidad, resulta indudable que los acontecimientos superarán ese esquema antes que hayamos terminado de trazarlo. La llamada crisis universitaria nace de que esta institución no ha logrado avanzar con la rapidez que el ritmo actual exige, y de tal modo, las universidades, en lugar de precursoras, han llegado a convertirse en retardatarias.

La evolución y el crecimiento son característicos de los seres vivos, y las instituciones universitarias serán vivientes en la medida en que vayan transformándose con decisión, energía y audacia. Precisamente el origen de estos establecimientos aparece como consecuencia de los conflictos europeos entre el Papado y el Imperio. Aprovechando las contradicciones de esas fuerzas, los comerciantes y los obreros de las agrupaciones comunales lograron mayores derechos y entre éstos exigieron que se impartiera una educación superior.

Puede considerarse a la Universidad como fruto del espíritu europeo. Existiendo en Oriente un intenso desarrollo de las formas de la cultura, este tipo de institución no aparece con las características que le singularizan. Ya que es una manifestación social, la Universidad no puede menos de modificarse, reflejando y proyectándose en el ambiente. La educación no fue, pese a las ideas de Platón y Aristóteles, una preocupación de los gobiernos, y el carácter de actividad particular que ella tuvo la hizo depender más tarde de la Iglesia o de las corporaciones municipales. En la Edad Media

encontramos como ejemplo del primer tipo a la Universidad de París y como encarnación del segundo a la Universidad de Bolonia. Los establecimientos de impronta eclesiástica desarrollaron principalmente la filosofía escolástica y las universidades comunales o municipales el estudio del derecho, saber que no sólo fue teórico, sino que ayudó a destruir el poder del feudalismo.

La actividad diaria, la necesidad de la acción, habían hecho que la burguesía de las diversas ciudades tuviese una visión pragmática de la existencia. Sin embargo, los estudios no mostraban ese carácter. El razonamiento deductivo, la lectura, el comentario eran los métodos de una enseñanza en cuya cúspide se encontraba la teología. Las tarifas cobradas por los estudios se basaban en esta escala. Oxford pedía doce deniers por un curso de lógica, dieciocho por uno de filosofía natural y cuarenta por uno de derecho canónico. Por otra parte, debemos citar a Oxford como la primera universidad que tuvo edificio propio y esto en el año de 1320.

Se ha pintado con frecuencia a la Edad Media como una época estática con los ojos fijos en el cielo; pero las clases sociales que estaban produciendo los bienes de consumo luchaban por sus derechos, y consideraban naturalmente que la educación debía llegar hasta ellas.

Dice Friedrich Heer en su obra "El Mundo Medieval"; "La universidad y el intelectualismo afincado en sus aulas son fenómenos específicamente europeos". Y el mismo autor insiste en que los centros de educación superior entregan un nuevo tipo humano: el tipo de académico y del intelectual.

El feudalismo se caracterizó por su rígida estructura, la que corresponde también a su visión del mundo: un universo de jerarquías inmutables cuya cúspide es la divinidad. Al no comprender la fuerza de los movimientos renovadores de la naciente

burguesía, el feudalismo no podía sino decretar su propia extinción.

La burguesía constituyó una fuerza renovadora. Su dinamismo, su incansable actividad forjaron nuevas realidades. No tuvo una visión estética de la existencia, sino que con empuje y coraje fue transformando el mundo en que le había tocado nacer.

La universidad laica de Bolonia es el ejemplo más claro de esta actitud, precisamente porque su funcionamiento no dependía de las autoridades eclesiásticas.

Esa visión más dinámica se reflejó en la actividad comercial, determinada por las relaciones reales entre los seres.

No sólo las condiciones objetivas influyen en las ideas, sino éstas en el mundo, a través de un proceso de interdependencia. De ahí que las universidades no sólo pusieran en jaque al feudalismo, sino a la Iglesia. El dogma y la organización eclesiástica fueron sometidos a la discusión, tarea de extraordinario peligro en un mundo que pretendía exhibir verdades inalterables y definitivas.

Juan Wiclef enseñó en la universidad de Oxford, y aunque se le atribuye la traducción de la Biblia al inglés, fue tan herético como para discutir la autoridad papal. Más que en Inglaterra, su influjo se ejerce en el continente. Juan Hus, rector de la universidad de Praga, sigue sus doctrinas y, después de ser excomulgado en 1410, muere en la hoguera en 1415. Sin embargo, el hecho de que el rector de una universidad sea quemado vivo no impide la marcha de las ideas.

Wiclef es considerado precursor de la Reforma. Y aunque este movimiento tuvo una profunda trascendencia en la organización social, fue el Renacimiento el que alteró la concepción del mundo.

Curiosamente, al centrar sus estudios en la teología y la filosofía escolástica, la universidad se había petrificado. De tal manera, el Renacimiento se produjo fuera de las universidades. Los representantes de esta renovación espiritual incluso atacaron a los establecimientos de enseñanza superior por su arcaísmo, su falta de flexibilidad y su anquilosamiento. Bastaría recordar las sátiras que Erasmo dirigió en su "Elogio de la Locura" a la enseñanza Universitaria. El método de la discusión, que fuera empleado brillantemente por Abelardo, había terminado por transformarse en un estéril ejercicio.

Al surgir con la vitalidad y el brillo que el caracterizaron, el Renacimiento atacó la fosilización de las universidades; pero la enseñanza superior supo restablecerse de este ataque demostrando su vitalidad.

El problema fundamental residía en que las universidades, aunque dieron un pequeño espacio a la medicina, acogieron con desconfianza el desarrollo de las ciencias experimentales. Guiándose por una tradición grecolatina que consideraba el trabajo físico propio de los esclavos y el trabajo intelectual propio de los súbditos, las universidades terminaron encerrándose en especulaciones abstractas que no se confrontaban con el mundo objetivo. La investigación, el análisis de la realidad concreta parecían obra de brujos o nigromantes. Experimentos físicos o biológicos eran considerados arte de magia, y sus autores mirados con extrema desconfianza o condenados.

No es fortuito el hecho de que se formaran centros de estudios fuera de las universidades y que éstas los rechazaran. De tal manera, mientras en el plano político las universidades fueron progresistas, frente a las ciencias experimentales guardaron una actitud recelosa que determinó su lento avance.

No obstante esto, el sentido laico y progresista que acentuaba en las universidades les permitió superar ese error. Copérnico enseñó astronomía y matemáticas en Bolonia el año 1500. Galileo fue profesor en la universidad de Pisa entre los años 1589 y 1592. De tal manera, los establecimientos de enseñanza superior, que en un comienzo se opusieron al espíritu renacentista, fueron más tarde los brillantes centros desde los cuales prosiguió el perfeccionamiento del saber experimental.

La Historia no es simple. Las acciones producen reacciones, y el feudalismo se negaba a morir. La Reforma había significado un avance en el proceso de libertad espiritual. La contrarreforma batalló para restablecer el pensamiento católico y monárquico tradicional. España se convirtió en el baluarte de esta actitud. No sólo se prohibió a los estudiantes viajar al extranjero, sino que algunas disciplinas de enseñarse. En varias universidades españolas estuvieron prescritas las matemáticas. El fervor religioso, que llevó a los peninsulares a rechazar la increíble contribución cultural de los árabes, se manifestó una vez más. Si la salvación dependía de la fe en el dogma, no había mayor importancia en el saber terreno. El extraordinario florecimiento de las universidades de Salamanca, Alcalá de Henares, Valladolid, Barcelona y Oviedo no corresponde a un espíritu de progreso, sino, por el contrario, a una reacción retardataria.

El Concilio de Trento, realizado entre los años 1545 y 1563, resaltó precisamente la imagen de un mundo inclinado ante el dogma.

Este siglo XVI significó también el establecimiento de la Compañía de Jesús, aprobada por el papa Paulo III en 1540. Establecidos en Roma, los jesuitas se extendieron rápidamente por Italia, Portugal, España, Bélgica, Alemania y Austria. Pronto estuvo en sus manos la enseñanza media y superior en muchas naciones.

Este magisterio de la orden no revistió naturalmente ningún espíritu progresista. No puede negarse, sin embargo, el vigor intelectual que los jesuitas desplegaron en las controversias religiosas con los jansenistas, y el papel que desempeñaron en todas las discusiones teológicas de los siglos XVII y XVIII. Su poder llegó a ser tan grande que se les temió. Fueron acusados incluso de haber recurrido al crimen político, y esto determinó que se los expulsara de varios países, siendo suprimida la orden por Clemente XIV el año 1773.

Al examinar el papel de las universidades latinas americanas no puede menos de verse tras ellas esa primera formación jesuítica. Sin querer adelantarnos en este breve esquema histórico, recordemos que la fundarse la universidad de San Felipe el año 1738, sólo funcionaron las cátedras de teología y derecho. En los primeros tiempos no se matriculó un solo alumno en medicina y la cátedra de matemáticas quedó sin proveer por no encontrarse en todo el país una persona que pudiera desempeñarla. Por otra parte, debe haber sido difícil enseñar medicina y matemáticas en latín, como lo exigió una expresa disposición real.

Pero volviendo a Europa, vemos que la burguesía soporta una difícil situación ante este recrudescimiento del poder real y de los privilegios de la nobleza. A pesar de esto, el Renacimiento, que provocara la reacción monárquica, también fue la base de un progreso en el campo de las ideas. En el siglo XVII el racionalismo de Descartes lanza una implacable arremetida: sólo debe creerse aquello que pueda ser probado por la razón. Este racionalismo preparó el camino a la Ilustración del siglo XVIII, típica doctrina del poder y las aspiraciones de la burguesía. Al comenzar este siglo llamado de las luces, el panorama universitario era diverso en los establecimientos nórdicos, que acogieron los nuevos rumbos de la investigación, y en los establecimientos latinos, que se aferraban a

envejecidas concepciones. Inglaterra, Holanda y Alemania acogieron el sistema de Newton y las doctrinas filosóficas de John Locke. Newton mismo fue profesor de matemáticas en la universidad de Cambridge. En las universidades de Edimburgo y Glasgow se crearon las cátedras de trigonometría, álgebra, mecánica e hidrostática. Los profesores de química contaron con laboratorios y los de astronomía con observatorios. De las universidades latinas fue la de Bolonia aquella que supo captar este camino. Entre sus profesores se contó Galvani.

Aunque Francia es el país de la Ilustración, las nuevas ideas se difundieron en sociedades y academias, no desde las aulas universitarias.

En las tertulias no sólo se hablaba de literatura, sino de ciencias experimentales y se exhibían nuevos instrumentos científicos como quien muestra el más extraño de los objetos. Pero en pleno siglo XVIII, España no se curaba de su espanto ante la ciencia, y la cátedra de matemáticas estuvo vacante treinta años en la universidad de Salamanca, hasta que la ocupó el escritor Torres y Villarroel, famoso por su autobiografía picaresca en que traza un ácido retrato de ese establecimiento.

El siglo de las luces se transformó en el siglo de la sangre. La revolución francesa no fue pacífica. Las universidades, ligadas a los intereses de la aristocracia, fueron perseguidas y cerradas. Los ultrarrrevolucionarios llegaron al extremo de guillotinar a Lavoiser.

Pero del Terror surge un régimen absolutista, y el emperador da origen a una de sus creaciones más características: la universidad napoleónica. Para el corso, la Universidad debía ser el centro de toda educación, encargándose por lo tanto de la enseñanza primaria, media y profesional. Nada escapa, en esta concepción, al control uni-

versitario. La enseñanza particular desaparece como tal.

El imperio necesita funcionarios, técnicos y todo el esfuerzo cobra entonces un carácter pragmático. Desaparecen la investigación desinteresada y el cultivo de las artes. La Universidad de Francia pasa a llamarse Universidad Imperial y el Rector supremo recibe el título de Gran Maestre. Como no existe un ministerio correspondiente, la enseñanza depende del Ministerio del Interior. No en todos los países logró Napoleón el sometimiento de los profesores. Alemania se defendió de este sistema, fundando la Universidad de Berlín, cuyo primer rector fue Fichte. En Italia, la célebre universidad de Bolonia recibió el sello imperial, pero volvió a reestructurarse a la caída de Napoleón.

En la Universidad creada por el emperador debe destacarse el aspecto político de ella. Se la concibe íntimamente unida al Estado, al cual proporciona los profesionales y funcionarios que necesita. Deja las especulaciones teológicas e incluso suprime la enseñanza filosófica. Su espíritu es evidentemente todavía actual. El papel que el emperador otorga al Estado en el proceso educacional es indiscutible. Se le puede reprochar el predominio de lo práctico; pero surge en un instante en que se hace necesario reorganizar un orden social profundamente convulsionado por los años del Terror. El influjo de la Universidad napoleónica todavía permanece, y su enfrentamiento decidido a la realidad la despoja de ese aire de convento aislado del mundo e de centro de especulaciones, en el fondo inútiles, que tuvo la enseñanza superior en épocas anteriores.

Ya que con la invasión napoleónica a España se inicia el proceso de independencia de nuestras repúblicas, no es extraño que el espíritu de su universidad aliente en estas tierras. Si los jesuitas, expulsados en el siglo XVIII, habían hecho crecer en nuestras tierras una universidad a todas luces medieval, el siglo XIX

hace saltar bruscamente las épocas. Sin pasar por la Universidad renacentista ni por la reacción antirreformista ni siquiera por las afirmaciones del racionalismo o la investigación científica y su aplicación técnica, de pronto el esquema feudal es sustituido por la idea napoleónica. De la Universidad de San Felipe se pasa de inmediato a la Universidad de Chile.

Cada época presenta nuevos aspectos de la ininterrumpida existencia de la humanidad. Si tratamos de analizar los factores que se presentan en cada etapa del camino, nos encontramos con que nuevos elementos hacen su aparición. El progreso de las ciencias experimentales trajo el adelanto de la técnica, ésta a su vez suministró la producción industrial y al crecer los bienes de consumo las tensiones sociales no sólo aparecieron más complejas en el plano nacional, sino en el terreno internacional. Barcos, ferrocarriles, nuevos sistemas de comunicación, fueron tejiendo una red en la cual las diversas regiones del mundo quedaron insertas.

Era necesario en nuestro país una mentalidad lúcida que comprendiera este fundamental devenir y surge entonces la figura magistral, en el amplio sentido del término, de Andrés Bello.

La Universidad de Chile es creada siguiendo el molde napoleónico y de ella depende en un comienzo la educación pública y privada, incluyendo la escuela militar y los seminarios eclesiásticos.

Andrés Bello plantea con justicia y sólidas razones la función de la Universidad y de las diversas disciplinas que en ella se estudiarán. Dice en un párrafo: "Enumeraré ahora las utilidades de las ciencias positivas, sus aplicaciones a una industria naciente, que apenas tiene en ejercicio unas pocas artes simples, groseras, sin procederes bien entendidos, sin máquinas, sin algunos de los más comunes utensilios, sus aplicaciones a una tierra cruzada en todos sentidos de veneros metálicos, a un suelo fértil de riquezas vegetales, de substancias alimenticias, a un suelo sobre el cual la

ciencia ha echado apenas una ojeada rápida?".

Las palabras claras pueden ser mal interpretadas. Por eso, Bello agrega: "La Universidad no confundirá, sin duda, las aplicaciones prácticas con las manipulaciones de un empirismo ciego. Y lo segundo, porque como dije antes, el cultivo de la inteligencia contemplativa descorre el velo a los arcanos del universo físico y moral, siendo en sí misma un resultado positivo de la mayor importancia".

No sólo a los filósofos alentó Andrés Bello, sino a los artistas. Poeta él mismo, pidió a los escritores y a los creadores plásticos dejar una imagen del país y del hombre.

Hemos visto que la Universidad responde a su esencial propósito cuando está a la altura de las exigencias que se le plantean, cuando su hora es la actual y aún la futura. También sabemos que la Universidad deja de merecer su nombre cuando se encierra en un pasado que si fue fértil, ya no ofrece nuevos frutos. Renovarse es la exigencia fundamental de tal institución de estudios superiores. Y si llega el momento de preguntarnos: ¿Se encuentra la Universidad actual al nivel de los requerimientos?

Las rebelidas estudiantiles que brotan en Francia, Japón, Alemania, España, Venezuela, Argentina, Perú, Uruguay, México, en nuestro país, son escasos movimientos que podamos atribuir a un exceso de fervor juvenil? Por el contrario, aparecen como síntomas inequívocos de que la Universidad no responde a la solicitud. Podrímos decir que su ser en este instante no es un ser, sino un deber ser. Si examinamos las relaciones más inmediatas, los problemas más urgentes, la economía llega a decírnos que es fundamental ese impulso que los especialistas llaman el despegue. La ignorancia engendra miseria y la miseria, ignorancia; pero nada sacaremos con insistir en un problema aparentemente insoluble. El deber de la universidad se encuentra en ayudar a los cambios acelerados que la sociedad

requiere, que nuestra sociedad necesita.

Ahora bien, este organismo llamado Universidad precisa de ciertas condiciones esenciales para actuar. No le basta con existir. Debe darse una estructura que le permita asumir el papel que le corresponde. Para ello no puede estar sujeta a un sistema jerárquico ya anacrónico.

Debe en primer lugar democratizarse. Su manejo no puede estar sujeto a unos pocos; su responsabilidad incumbe a todos. Una concentración del poder no se justifica; por el contrario, bloquea las múltiples tareas que deben emprenderse.

¿A quiénes sirve la Universidad? ¿A un grupo privilegiado? ¿O su acción puede y debe extenderse a sectores más amplios de la ciudadanía?

Si la educación superior surge de la sociedad, debe recoger y reintegrar, recibir y devolver, estableciéndose como una superestructura e irradiando su acción a las fuentes de las cuales nace. Sus funciones deben multiplicarse de acuerdo a las necesidades que la sociedad plantea.

El desarrollo de nuestro país requiere de un número de profesionales que le permita enfrentar las condiciones que presenta la realidad nacional.

La economía chilena dependió en épocas anteriores de las fuerzas expansivas del comercio internacional. Pero a partir de la crisis de los años 1930 a 1932 se vió la fragilidad de tal política. El país debía encontrar en sí mismo las fuerzas que impulsaran el crecimiento de la economía y substituyeran el dinamismo de la exportación. La escasez de divisas volvió urgente la necesidad de industrializarse. Así como pasamos de la Universidad medieval a la Universidad napoleónica, tuvimos que pasar de la economía agraria a la economía industrial sin que las instituciones, sin que las ideas, sin que las personas mismas se adaptaran a un ritmo tan ver-

tigioso. Esta transformación brusca ha logrado, a lo largo de los años, hacer desaparecer algunas de sus aristas; pero subsisten las tensiones estructurales que obligan a encontrar nuevas formas de enfrentarse a los problemas de desarrollo.

La explosión demográfica, defendida por algunos, hace aumentar anualmente en 250.000 personas nuestra población.

Como se sabía desde mucho tiempo antes, nuestro país cayó en la cuenta de que un avance económico no podía lograrse sólo por el camino de la iniciativa privada ni siquiera por los planes de buena intención, ni mucho menos con los esfuerzos aislados. Se hacía necesaria la coordinación de las actividades para lograr el resurgimiento de nuestro país y era imprescindible la planificación para su desarrollo. Surge así la Corporación de Fomento de la Producción.

Al discutirse el correspondiente proyecto de ley, el Presidente a la sazón, don Pedro Aguirre Cerda, precisó su pensamiento afirmando que la producción debía fomentarse de acuerdo con "un plan amplio, racional y científicamente estudiado, llevado a la práctica constado y desarrollado a través de varios años".

A partir de 1939 se inicia un gran impulso al desarrollo industrial del país, abriéndose el decenio de la industrialización, asentando las bases fundamentales del futuro: acero, electricidad y petróleo. Desde ese momento el país asiste a una sucesión de acontecimientos históricos que inscriben definitivamente a Chile en la senda del desarrollo y lo llevan por el camino de un país en industrialización. La creación de la ENDESA y la puesta en marcha del Plan de Electrificación, la construcción de la usina de Huachipato y su producción, la prospección del petróleo y su sorprendente explotación, la extracción del azúcar de la remolacha, la construcción de las plantas concentradoras de minerales, la refinería de petróleo, el desarrollo de la grande y pequeña mine-

ris, el plan maderero, y el afianzamiento de la producción fabril, configuran un cuadro que indican lo que afirmaba anteriormente. Como lo dice el Instituto de Economía de la Universidad de Chile, entre 1949 y 1953 ocurrió una verdadera "erupción fabril". En esos años, la producción industrial aumentó en 50% y posteriormente ha tendido a aumentar, pese a las situaciones de crisis que vive periódicamente el país.

El funcionamiento de la Universidad Técnica Federico Santa María y el nacimiento de la Universidad Técnica del Estado corresponde precisamente a este desarrollo en la producción. La Universidad de Chile no supo encarar esta realidad nacional. Es así como la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas se opuso en un principio a la creación de la Escuela de Ingenieros Industriales y luego a la de la Universidad Técnica; pero sin ofrecer lo que éstas entregaban.

Si buscamos el núcleo originario de nuestra Universidad lo hallamos en la creación hecha el siglo pasado de la Escuela de Artes y Oficios, centro destinado precisamente a cumplir con esa palabra que vuelve una y otra vez hasta nosotros: producción.

Del artesano medieval, la historia nos lleva al técnico que aprovecha los adelantos de la ciencia y al ingeniero que plantea en un nivel más amplio los diversos aspectos del desarrollo.

Si insistimos en que la Universidad debe satisfacer las necesidades sociales, esto no significa que estemos hablando sólo de cuotas de producción. Los bienes producidos por el hombre son para servir al hombre; pero si este ser humano no ha logrado ascender al plano espiritual que le corresponde, de nada valdría la creación de riquezas para un ser inexistente.

Es difícil exigir a una persona sumida en la miseria y la ignorancia que guste de la buena música o la buena literatura. Pero no sólo existe la miseria material. El papel de la Universidad es corresponder al sentido político y social que le pertenece. Debe producir profesionales, promover la investigación, servir de ac-

tivo motor en el desarrollo económico; pero también le corresponde velar porque los bienes que produzca no sólo pertenezcan a la esfera de lo inmediatamente práctico.

La Universidad surge de la sociedad. Debe servir a esta sociedad, y no puede haber misión más noble que aquella de ayudar al ser humano, en todos los planos de su existencia, no despedazándolo en el hombre político o el hombre económico, sino ayudándolo a cumplir su realización integral. Si la sociedad con sus profundas contradicciones lleva a la alienación, la tarea de la Universidad consiste en ayudar no sólo a aquellas que pasan por sus sulas, sino a toda la sociedad de la cual recibe la existencia y sobre la cual debe extender su protectora y fértil sombra.

La Universidad Técnica nació con una organización completamente distinta a aquellas que encontrariamos en otras universidades de esa época. En efecto, desde un comienzo existe en la Dirección de la Universidad, representación directa de una serie de agrupaciones sociales que jamás habían participado en el proceso educativo de niveles superiores. El hecho que en este momento nos interesa resaltar, es la peculiar conformación de la Universidad, más bien que los resultados que haya arrojado a la larga ese sistema administrativo.

Para expresarlo más claramente, la Universidad Técnica ha sido en nuestro país la primera que nació con una organización abierta al resto de la Sociedad, en contraposición al modelo tradicional de Universidad Autocrática.

Aún cuando haya resultado necesario corregir deficiencias en su estructura administrativa, es interesante hacer resaltar el pensamiento fundamental que primó desde los primeros días de la Universidad, en aquellos a quienes correspondió crear e coordinar los distintos organismos que la componen, así como dirigirla.

Este pensamiento central podría ser resumido como un propósito general de coordinar la arca de la Universidad con las

principales necesidades de desarrollo cultural e industrial de la sociedad, es decir, la Universidad Técnica nació con el destino de integrarse rápidamente a la realidad social que la rodeaba. De así como el ingreso a esta Universidad quedó abierto para estudiantes de cualquier nivel socio-económico, interesando solamente sus cualidades personales para decidir su destino como estudiante.

En este esquema organizativo, aparentemente correcto faltaba, sin embargo, un elemento importante para la más eficiente evolución de la Universidad. Este factor ausente es la Democratización Interna de las estructuras administrativas.

En los primeros años de su marcha, la Universidad debió afrontar múltiples problemas internos y externos que ocuparon la atención del profesorado y alumnado. No es fácil el paso de la formación tecnológica básica, que entregaba la ya antigua Escuela de Artes y Oficios, a la compleja tarea de formar profesionales de alto nivel, correspondiente a una Universidad. El esfuerzo y voluntad de muchas personas permitieron asentar sobre firmes bases este plantel al que ha correspondido ya un importante papel en el proceso de Desarrollo Industrial del país.

Hace aproximadamente una década, asentadas ya ciertas bases internas sólidas, el interés de algunos grupos avanzados de gente de las Escuelas, se enfocó en la necesidad de democratizar la estructura de nuestra Universidad. Se comenzaba a hablar de Reforma Universitaria.

Sería largo e inoficioso recordar cuanto ha costado lograr materializar este anhelo que prendió rápidamente en sectores del profesorado y alumnado.

Hoy contamos con esta valiosa herramienta, porque es necesario insistir una vez más en que la Reforma Universitaria, en parte ya lograda, no es en sí un fin, sino solo un medio con que con-

tamos todos los que participamos de una u otra manera en la vida de la Universidad, para adecuarla a las difíciles metas que le han sido señaladas.

La situación crítica de la sociedad actual, en todo el mundo, obliga a los organismos encargados de impartir enseñanza, a revisar sus puntos de vista respecto de los problemas básicos referentes a cual debe ser el papel que les corresponde jugar en la rápida evolución cultural, tecnológica e ideológica que enfrentan las sociedades.

Esta situación es mucho más difícil en América Latina, que encara las alternativas de: o acelerará su desarrollo en todo sentido, rápida y efectivamente, o acepta pasivamente el continuo aumento de la brecha que la separa de la realidad de los países desarrollados.

De acuerdo al punto de vista de los Técnicos, Planificadores y Estadistas que han analizado las perspectivas de los países latinoamericanos frente al resto del mundo, estos deberán realizar enormes esfuerzos individuales y de conjunto, para alcanzar un ritmo de desarrollo que permita pensar en lograr una situación menos desmedrada en el ámbito mundial.

Entre las diversas medidas que resulta necesario adoptar, una de las más importantes corresponde a la Industrialización de estos países. Esto, como requisito para corregir la situación actual, en que nuestros países exportan materias primas básicas o con un grado de elaboración muy pobre, e importan una fracción notable de los productos elaborados que consumen.

Sin embargo, no es posible efectuar avances notables en la Industrialización de un país, sin contar con profesionales que dirijan ese complejo industrial. Estos profesionales deberán cubrir las necesidades nacionales tanto en un sentido cuantitativo como cualitativo.

Ahora bien, ¿quién podrá indicar cuáles son las medidas necesarias para adecuar la acción de las Universidades, a los requisitos de un país cuyo proceso de industrialización está en sus comienzos como es el nuestro?

Los organismos planificadores a nivel nacional y continental indican sólo pautas generales en cuanto a futuras necesidades. Pero deberán ser las propias Universidades quienes afronten el problema de materializar estos principios generales en medidas concretas.

Estos problemas de corrección de los medios empleados por la Universidad para responder a sus obligaciones para con la sociedad, no pueden ser resueltos eficientemente por pequeños grupos autocráticos. Es la suma de todas las capacidades de quienes conforman la Universidad, quien podrá responder a las complejas interrogantes que esos problemas encierran. En estas iniciativas debe participar todos sin excepción: autoridades, profesores y estudiantes.

La Escuela de Ingenieros Industriales ha acogido esta idea de Democratización de la Universidad de una manera efectiva.

Es el proceso de sana autocrítica, en que todos participan por igual, el que permitirá mantener el rumbo de este plantel, dirigido en el correcto sentido, permitiendo considerar aspectos tan diversos y complejos como aquellos a los que me he referido anteriormente, y otros muchos que seguramente habré omitido.

Es por ello que acojo en todo su valor la importante iniciativa de profesores y estudiantes de la Escuela de Ingenieros Industriales en el sentido de realizar una Convención para revisar a fondo los fundamentos y proyecciones de la carrera de la Ingeniería en general y de la Universidad Técnica en especial. Soy de los que creen que todas las Universidades debieran tener un mecanismo compulsivo que obligase, cada cierto tiempo, a la comunidad a re-